



Exposición de Londres.—La copa por M. Lanz.—Dibujo de Théron.

T. III.—PARIS.—IMP. BLONDEAU.

Esta copa es una verdadera pieza maestra, parecida á las que ejecutaban los laboriosos artistas de otros tiempos, haciéndolo todo por sí mismos, y orgullosos y contentos cuando al cabo de un asiduo trabajo, podían en fin sacar á luz su obra.

El asunto que representa, es un combate de Carlomagno contra los sajones, reminiscencia de una obra de Offenbach, una verdadera batalla de gigantes!... Los combatientes ahullan, se matan, se desgarran; en medio de la composición se ve un grupo de guerreros disputándose una bandera, ejecutado con un calor notable; las fisonomías son tan variadas como espresivas, y los pormenores todos están primorosamente concluidos, y conformes con la verdad histórica. Los caballos tienen mucho carácter, los perros están mordiendo con ardor, y muchas figuras se roban las unas á las otras: la figura del joven con la cabeza al aire que lleva una honda en la mano, es muy notable por la elegancia del dibujo, en medio del vigor de su actitud.

M. Lantz puede considerarse como francés, puesto que en París es en donde trabaja, y aquí ha venido á perfeccionarse en su arte al contacto de esta civilización severa por las menores faltas contra la delicadeza y el buen gusto.

EL NIDO DE CIGÜEÑAS.

POR

ELIAS BERTHET.

(Véanse las p. 5, 14, 21, 26, 34, 45, 53, 62 y 66.)

El cirujano que cuidaba á Whilelmina era tan poco comunicativo como Fritz Reutner, que iba todos los días á la aldea á buscar las provisiones necesarias para los habitantes de la torre. Las súplicas y las amenazas fueron inútiles: Fritz parecía un soldado ruso ejercitando su bárbara consigna. Sigismundo á pesar de su frialdad aparente, experimentaba accesos de rabia contra el hijo de Magdalena, y Alberto hablaba seriamente de darle una paliza; pero como Fritz Reutner era un mozo de proporciones atléticas, el prudente Schawrtz aplazaba de día en día la ejecución de su amenaza.

Sin embargo Frantz iba mejorando por instantes y preguntaba ansioso por Whilelmina.

Por último Sigismundo resolvió hacer una tentativa decisiva presentándose atrevidamente en el castillo de Steinberg, á pesar de que el feroz humor del baron, y las precauciones que tomaba para que nadie le turbase en su soledad, no dejaban duda ninguna sobre cual seria el recibimiento que allí le esperaba.

Muller se prometía sorprender alguna circunstancia indiferente en apariencia, recojer alguna esperanza consoladora, entrever quizá á Whilelmina ú oír el sonido de su voz, lo cual era bastante para hacerle desafiar los sombríos fueros de Enrique de Steinberg.

Con tal de que pudiera decir á Frantz á su vuelta «Whilelmina existe, y os ama como antes» el generoso Sigismundo no sentía esponer su vida por lograr esta satisfaccion.

Así pues, un día que el enfermo descansaba sosegadamente, Sigismundo se encaminó hácia el Steinberg.

Eran las doce: el sol daba de lleno sobre la vieja torre, bañando con sus rayos la parda roca que la servía de base. El mas profundo silencio reinaba en aquellos contornos; nadie se paseaba en el sendero, ni nadie trabajaba en las viñas: castillo y dependencias parecían abandonados; solo el

roce de los lagartos entre la yerba seca interrumpía aquel lúgubre silencio.

El estudiante alzó los ojos hácia la plataforma de la torre, creyendo que distinguiría por entre las almenas la graciosa forma de Whilelmina ó la varonil figura del mayor; pero no vió nada mas que las yerbas de las ruinas mecidas por las brisas del Rhin, y las cigüeñas con sus largas alas cerniéndose sobre la torrecilla aérea en donde habian colocado sus nidos.

Sigismundo preocupado enteramente con la entrevista que iba á tener con el mayor, se adelantó con precipitación hácia la entrada principal del castillo, cuando se halló detenido por un obstáculo inesperado.

En otro tiempo, se entraba libremente en el patio cambiado en huerto; á través de las ruinas y de los escombros se alcanzaba sin dificultad la puerta de la torre que estaba abierta por lo regular. Ahora la entrada del huerto estaba tapada con vigas y tablones, y hasta una especie de abertura que quedaba en este cercado grosero, se hallaba sólidamente cerrada.

Esta nueva prueba de la desconfianza del mayor no presagiaba nada bueno al estudiante, en cuanto al resultado de su mision.

Sin embargo de esto, resolvió penetrar á toda costa en esa morada tan poco hospitalaria en apariencia; pero, cómo? No habia allí ni campanilla ni aldaba para que le oyeran en la torre, de la cual se hallaba separado por el huerto.

Ya se preparaba á llamar á voces, á falta de otro medio, cuando se oyó un ruido de hierros del otro lado de la puerta, que un instante despues se abrió bruscamente, y Muller se halló frente á frente con el baron.

Enrique de Steinberg estaba enteramente desconocido. Habia adelgazado en extremo; sus ojos tenían una espresion de ferocidad increíble.

Su barba que habia dejado crecer desde que llegó al Steinberg, le cubría la mitad de la fisonomía. Su antiguo uniforme sucio y raído, estaba abierto por el pecho; toda su persona manifestaba ese descuido de sí mismo, signo inequívoco de una desesperacion profunda. Llevaba en una mano una escopeta y con la otra sostenía la puerta entreabierta, á fin de que Muller no pudiese mirar por dentro del castillo.

Sigismundo, sorprendido con esta brusca aparicion, contemplaba al mayor en silencio, reconociendo apenas en la figura que tenía delante á aquel Enrique de Steinberg que, poco tiempo hacia, pasaba por el mas hermoso oficial del ejército prusiano.

El baron también la miraba con ojos estraviados.

— Os he visto subir la roca, le dijo con una voz ronca y gutural, y sé lo que quereis... Está ya bueno... puede tenerse ya de pié? Bien, bien, le esperaba con impaciencia... poca venganza será esa, pero el demonio no quiere dejarme otra!

Sigismundo se quedó atónito oyendo estas palabras, que manifestaban claramente que el baron habia perdido el juicio.

XVII.

— No os comprendo, respondió Sigismundo; he venido para informarme... La señorita Whilelmina...

— Calla, no pronuncies ese nombre! dijo el fogoso baron pegando una patada en el suelo; pero no venís á desafiarme de parte... de ese aventurero? Por ventura ha muerto? Se habrá burlado de mí el demonio, que es mi eterno enemigo?

— Si habláis de Frantz, señor mayor, os diré que no se halla en estado de batirse con nadie, y que, aun cuando lo estuviese, dudo que se batiera con vos.

— Entónces habrá que buscar otro medio... ya le encontraremos!... No pienso mas que en eso de día y de noche; eso es lo que me da esta maldita calentura... Pero puesto que no teneis nada que decirme, ya estáis aquí de mas... adios!

Y al decir esto quiso cerrar la puerta; pero Sigismundo la contuvo con todas sus fuerzas.

— Señor baron, le dijo, os suplico encarecidamente que me oigais: por vos mismo, por piedad, por humanidad, decidme si la señorita de Steinberg se halla fuera de peligro.

Los ajados labios del baron se estrecharon convulsivamente.

— Fuera de peligro! Oid con atención lo que voy á decir, y repetid exactamente mis palabras al que os envía: la hija deshonrada de los Steinberg estaria mas segura si se hallase suspendida de un hilo en lo mas alto del Munster de Strasburgo, que no lo está en este momento en la residencia de sus ascendientes!

Sigismundo no pudo ménos de estremecerse.

— Señor de Steinberg, le dijo con voz conmovida, no os creo capaz de ejercer una nueva venganza sobre vuestra desgraciada hermana.

— Decid á vuestro amigo que venga á defenderla! replicó el baron con voz de trueno; que venga, que venga!... Daria mi alma por que viniera! Es todo lo que me queda... Pero estoy seguro de que vendrá; ya le armaré un buen lazo.

Muller no sabia qué responder á tan oscuras palabras.

— Señor de Steinberg, repuso despues de una pausa, veo con mucho sentimiento que vuestra deplorable exaltación no se ha calmado... Sin embargo, ya reflexionaréis que un acto de violencia, contra quien quiera que sea, podría atraer los castigos de la justicia. Un militar, un hombre de honor!... Vuestra cólera no tiene fundamento: estáis en un error... Puedo aseguráros que mi amigo Frantz...

— No pronunciéis su nombre, ú os pego un tiro! gritó el mayor alzando convulsivamente su escopeta.

— Vuestras amenazas no me impedirán el que cumpla con un deber sagrado, repuso valerosamente Sigismundo; Frantz no es un hombre oscuro, como él dice; tengo razones para creer...

— Aunque fuese de sangre real, dijo el mayor, en cuyos ojos se reflejó un momento una chispa de inteligencia, la injuria seria siempre la misma... Estoy al borde del abismo, y quiero arrastrar conmigo al que tiene la culpa... Pero basta ya de palabras; retiráos, continuó con acento imperioso, y cuidado con volver aquí. Toda tentativa para verme y hablarme será inútil: ay de aquel que se ponga al alcance de esta carabina! Dejad que se cumpla lo que ha de suceder. Satan lo gobierna todo, él es el amo... adios!

Al decir esto cerró la puerta, y Sigismundo oyó el ruido de sus botas militares sobre las piedras de las ruinas.

Esta entrevista produjo en el estudiante una impresion de terror inesplicable.

Sin duda ninguna, el baron exasperado por sus pesadumbres en la soledad, alimentaba siniestros proyectos. El delirio de sus discursos parecia provenir de la fiebre que le devoraba, á consecuencia de tantos sacudimientos; sin embargo Sigismundo creia reconocer en ciertas señales, que el desgraciado Enrique de Steinberg se hallaba en un estado muy próximo á la demencia.

Muller se guardó muy bien de comunicar sus temores al

pobre Franz; pero se propuso vigilar cuanto pudiera, á ver si penetraba los misterios de la vieja torre del Steinberg.

Trascurridos algunos dias mas, Frantz concluyó por restablecerse enteramente, quedándole solo un poco de debilidad que bien luego debia ceder á la poderosa vitalidad de la juventud.

Una mañana, Franz apoyado en el brazo de Muller, probaba sus fuerzas paseándose por su modesto cuarto.

Alberto habia salido á pescar con un batelero de las cercanías, y por consiguiente los dos amigos podian hablar con toda libertad.

Habia en el cuarto un balcon de madera desde el cual se distinguia el Rhin y una parte de la torre del Steinberg. En aquel momento estaba abierto, dejando penetrar en el aposento un aire balsámico y puro.

— Ya estoy bueno, dijo Frantz, soltándose del brazo de su amigo; gracias por tus cuidados, querido Sigismundo... Ahora ya no debemos ocuparnos mas que de Whilelmina... Oh! Es preciso que yo la vea, quiero verla á toda costa... mi amor me dará fuerzas para ello... Sigismundo, aun cuando debiera morir á manos de ese feroz baron, quiero llegar hasta Whilelmina... Dios mio! Si hubiese muerto!

— No, Frantz, no tengas cuidado, respondió Muller; al contrario, es probable que ha sanado completamente de su herida. Fritz Reutner sigue tan impenetrable y taciturno como ántes, pero hemos notado hace algunos dias que compra cosas selectas y delicadas como para un enfermo convaleciente. Esta circunstancia nos hace creer que la desgraciada Whilelmina se halla ya fuera de peligro... No, no es la salud de Whilelmina la que á mi me tiene con cuidado! Frantz, añadió Sigismundo con melancolía, en lugar de querer estrellarte contra obstáculos insuperables, deberias ceder por un momento á la necesidad. Estás seguro del amor de Whilelmina, así como ella lo está del tuyo, esperad á que lleguen tiempos mas favorables para uniros; doblegáos con resignacion bajo una inexorable fatalidad.

— Yo, abandonarla! exclamó Frantz impetuosamente... Ah! lo comprendo, añadió con un poco de acritud mirando á Muller, estás cansado de vivir en esta soledad, sacrificándote sin cesar á un amigo desgraciado... Es cierto, no tengo derecho para quejarme, te debo demasiado. Si, abandóname, vuelve con Alberto á la universidad, y déjame luchar solo con mi destino.

Sigismundo le tomó la mano y se la estrechó con fuerza.

— Frantz, Frantz, le dijo en tono de reconvencion, eso se llama ser ingrato. Despues de haberte dado tantas pruebas de cariño, cómo podia yo esperar que me hicieses esa injuria?

Una lágrima asomó en sus ojos; Frantz le abrazó tiernamente.

XVIII.

— Perdóname, generoso amigo, dijo Frantz con una emocion profunda; mis pesadumbres, la enfermedad, me han hecho injusto; perdóname... No puedes figurarte lo que padezco; pero ya te probaré algun dia que tengo confianza en tí y que te amo... Solo á tí revelaré un secreto...

— Ya le he adivinado, amigo mio, murmuró Muller; sé vuestro nombre, conde Federico de Hohenzollern.

Una viva sorpresa se pintó en las facciones de Frantz.

— Sabías mi secreto, y hastenido la delicadeza de no hacer la menor alusion hasta este momento! Gracias por esta reserva, tan noble como bella!... Pues bien, Sigismundo,

solo ese nombre ha debido instruirte de mis infortunios... Maldecido por mi padre porque me sentía incapaz de llenar los sagrados deberes que me estaban impuestos, y blanco de los tiros de un orgulloso hermano que me acusaba de querer usurparle sus derechos, he debido renunciar á mi familia, á mi patria y hasta á mi nombre. Hui de la casa paterna, y me resigné á la oscuridad y á la pobreza, por vivir en la independencia. Pero cómo has podido saber?...

— Las esplicaciones del caballero Ritter me convencieron de ello, conde Federico. Además, las palabras cortadas que se os han escapado en el delirio...

— Porqué no me hablas como ántes? Sigismundo, sé el amigo del conde Federico de Hohenzollern como lo fuiste del estudiante Frantz... Ay! Nada mas soy, en efecto, que un pobre estudiante sin fortuna y sin nombre!... Hasta la misma Whilemina ignora la categoría á que habría podido ser elevada... Además, quise que me amara por mí mismo, y hube de contentarme con decirle que mi origen era tan alto como el suyo. Después, tuvimos que desmentir este aserto en su presencia; pero debo confesarte, amigo mio, que cuando Ritter y el baron se burlaron de mí delante de ella, estuve á punto...

— Te habrías perdido sin otro resultado; el mayor lo que siente sobre todo, es que hayas venido á destruir sus orgullosos proyectos; al ménos así se infiere de lo que me dijo en la última entrevista que con él he tenido. Por eso seria una imprudencia que te descubrieras al baron de Steinberg; esta confesion te pondria en nuevos y mayores apuros... Hasta aquí, he podido sustraerte á las investigaciones del sumiller, propietario actual de la torre, pero de un momento á otro va á volver y me exigirá que cumpla mi promesa.

— Qué promesa, Sigismundo?

— Me comprometí á facilitarle las investigaciones en la universidad de Heidelberg, con el objeto de desviar las sospechas que podrian haber recaído sobre ti, y tambien para reirme un poco á costa de ese estúpido personaje... El día del funesto acontecimiento, el caballero Ritter vino á buscarme aquí: sin duda no juzgó á propósito hacer valer inmediatamente sus derechos como dueño del Steinberg, en razon del trágico suceso que habia ocurrido en su presencia, y deseando aprovechar su tiempo en Heidelberg, me pidió los informes que le prometí para el cumplimiento de su mision. Tú estabas enfermo, moribundo, y yo no tenia tiempo para detenerme en reflexiones, pero sin embargo conocí que si Ritter pasaba á Heidelberg, no le costaria mucho trabajo penetrar tu secreto, á pesar de tus precauciones para permanecer oculto. Muchos indicios podian hacerle reconocer al conde Federico en el estudiante Frantz. Entónces me comprometí á designarle mas adelante al hijo de su soberano, si cesaba al punto sus investigaciones personales, pues añadí que ellas podian alarmar al fugitivo y por lo tanto estropear su empresa. Además le indiqué que tenia que pedir una gracia al principe de Hohenzollern por mis servicios, y concluí diciéndole que en cuanto te pusieras lueno cumpliria mi promesa. Ritter aceptó estas condiciones, y después de haberme anunciado que volveria al cabo de un mes para tomar definitivamente posesion del castillo, se fué á Baden donde debia solicitar una orden del gran duque. Ahora bien, va á llegar aquí de un día á otro, y no sé esta vez, como saldremos. Yo contaba con que ántes de su vuelta estarias tú fuera de aquí, pero tu amor á Whilemina y otros obstáculos todavia...

— Oh! No quiero ni debo abandonar las cercanias del Steinberg ántes de saber con certeza que Whilemina no

corre ya ningun peligro, interrumpió Frantz en tono resuelto; reclamaré mis derechos sobre ella hasta mi último suspiro. Pero, qué otros obstáculos tenemos? No te he comprendido.

— Ay! Obstáculos bien vulgares y bajos para el hijo del principe reinante de Hohenzollern... Frantz, ya sabes que Alberto y yo no tenemos mas que una bolsa desde hace mucho tiempo... la modesta mensualidad que su padre le envia á Alberto apenas es bastante para el gasto que él hace en la taberna; en cuanto á mí, tengo ménos recursos todavia, de modo que tu enfermedad, las locuras de Alberto y mis prodigalidades han agotado nuestros recursos... en una palabra, nuestro posadero no quiere tenernos mas tiempo sino...

— No es mas que eso, amigo Sigismundo? Ese obstáculo puede desaparecer fácilmente... Un banquero de Manhein ha recibido en depósito la suma de cuarenta mil florines, toda mi fortuna... tuyos son lo mismo que de Alberto.

— Cuarenta mil florines! repitió Sigismundo de un aire pensativo; con ese dinero se podria... Si, si, mi idea es quizá una inspiracion del cielo; veré á Ritter y... Frantz, es necesario ir al instante á Manhein y tomar ese dinero. Ya estás bastante fuerte para emprender esa corta excursion; voy á alquilar una barca con dos remeros, y...

— Yo no me meneo de aquí, no perderé de vista un solo instante esa vieja torre que encierra todo lo que amo! exclamó Frantz. Sigismundo, mi fiel camarada, dame esta prueba mas de amistad. Encárgate de recaudar ese dinero: aquí tienes un titulo al portador, presentándole te entregarán los fondos sin mas formalidades.

Y diciendo esto le tendió un papel que sacó de su cartera, Sigismundo vaciló en tomarle.

— Lo haré, dijo por fin; voy á partir... pero con una condicion.

— Qué condicion es esa, amigo mio?

— El que durante mi ausencia no harás ninguna tentativa desesperada para penetrar en el castillo de Steinberg, para ver á Whilemina.

— Pero, Sigismundo, si sobreviniese algun acontecimiento, si supiera...

— Mañana estoy aquí de vuelta; además, si quieres que te diga la verdad, he concebido un proyecto que haria inútiles en adelante esas locas empresas.

— Inútiles! Piensas sustraer á Whilemina á las venganzas de su terrible hermano?

— Creo que obligaré al baron á reconocer voluntariamente tu matrimonio con su hermana... con tal de que Dios le haya dejado aun una chispa de inteligencia ..

— Seria posible, Muller? Esplicate...

— El tiempo urge, y por otra parte necesito combinar bien el plan ántes de ejecutarle. Ten confianza en mí, que bien luego, mañana acaso, cesarán tus mortales angustias.

— Si haces eso, Sigismundo, te deberé mas que la vida.

— Con que me das tu palabra, de no intentar ninguna cosa en mi ausencia?

— Te la doy, amigo mio. Además, qué puedo hacer sin tí?

— Animo! repuso Sigismundo levantándose con aire resuelto. Pide al cielo que bendiga mis esfuerzos, y aun serás feliz en este mundo.

Los dos amigos se dieron un cariñoso abrazo. Sigismundo indicó á Frantz las palabras sacramentales que debia pronunciar, en caso de necesidad, para hacerse obedecer de Alberto, y salió precipitadamente del aposento, recomendando de nuevo al jóven la prudencia.

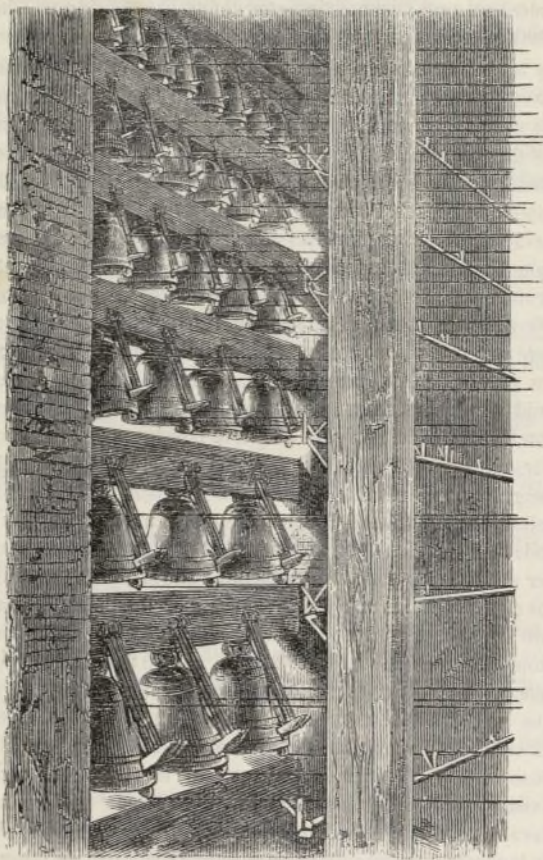
Pocos instantes despues, Sigismundo salia para Manheim en una barca dirigida por dos vigorosos remeros. Frantz de pié en el balcon la siguió largo tiempo con los ojos; era uno de esos botecillos largos y estrechos, afamados por su velocidad: secundado por la corriente bien luego parecia un punto negro sobre la azulada superficie del Rhin, hasta que al cabo desapareció en el horizonte.

(Se continuará.)

SOBRE LOS REPIQUES DE CAMPANAS.

Dicese que en el quinto siglo fué cuando por primera vez se oyeron las campanas para llamar á los fieles á la oracion.

En los siglos siguientes hubo una constante emulacion entre las parroquias sobre el número y las dimensiones de las campanas, y en cuanto ya los campanarios poseyeron muchas, se empezó á notar la diferencia de los timbres. La voz grave de los unos, el sonido agudo de los otros, producía



Vista interior del campanario de Dunkerque.

un simulacro de melodía, cuyo compás se estudió, y hasta hubo de acompañarse con palabras. El campanero aprendió bien luego á tocar armonías variadas, y muchas ciudades tuvieron música escrita para los repiques, con notas mas ó ménos estensas, segun el número de las campanas y sus calibres.

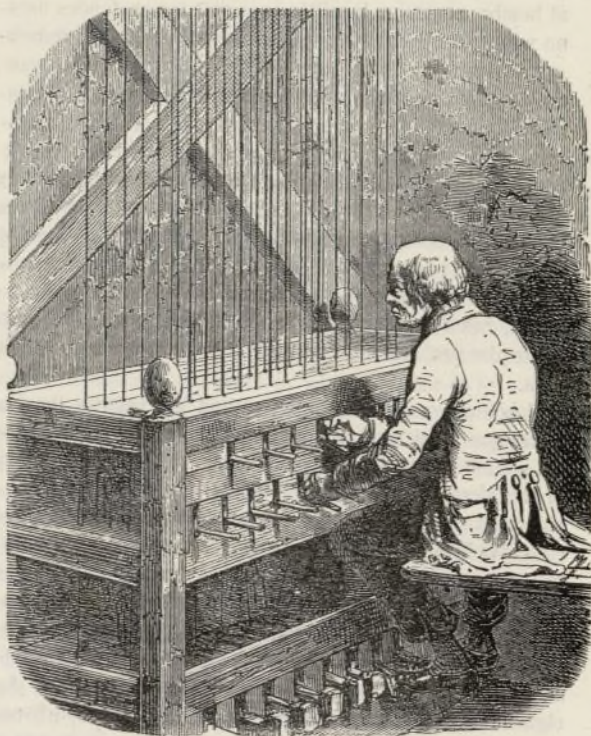
En una palabra, la campana se volvió un instrumento, y fácilmente se comprende en efecto que las campanas graduadas de manera que produzcan sonidos que se oigan, pueden dar por resultado lo mismo que las cuerdas ó los tubos de distintos tamaños, una escala regular que á me-

didá que se vaya estendiendo servirá para ejecutar un mayor número de melodías.

En 1746 habia en Dunkerque un campanero tan afamado que de todas partes, del país de Artois y hasta de Flandes, corria la gente á oír como tocaba. Hay una tocata que ha llegado hasta nuestros dias bajo el nombre de repique de Dunkerque que probablemente fué compuesta por el dicho campanero de 1746, pero para tocarla hay que emplear diez timbres todos de tamaños diferentes. El juego de campanas que debe su celebridad á esta tocata ha sido abandonado hace ya tiempo, pero un habitante de Dunkerque le está componiendo en el día de hoy á sus espensas.

Si las campanas pueden producir todos los tonos, no por eso se puede decir que son propias para tocar toda clase de melodías. Sus largas vibraciones hacen poco agradable el empleo de las disonancias. El timbre que acaba de resonar sigue zumbando aun cuando el badajo pega en otro nuevo, y por eso son preferibles los movimientos lentos y graves á los compases vivos y alegres.

Sin embargo desde que la campana se ha vulgarizado hasta ser empleada en tocar las horas, muchos y muy variados perfeccionamientos han sido introducidos en los repiques.



El campanero.

En muchos relojes antiguos se veían mover Adán y Eva, ángeles, demonios y muchos animales que, obedeciendo á ingeniosos mecanismos sonaban las horas, y tocaban cosas variadas sobre un sistema de timbres mas ó ménos complicado.

UTILIDAD DE LAS AVES EN AGRICULTURA.

A primera vista parece una paradoja el epigrafe de este artículo. ¿De qué sirven las aves en los campos? ¿Qué utilidad le traen al labrador? ¿No arrebatan el águila el tierno cordero, la inocente gallina, la tímida paloma? El tordo in-

quieto y gloton ¿no esquilma el olivar, lo mismo que el estornino y el zarzal? La oropéndola, y el mirlo ¿no diezman las cerezas y las ciruelas? Pues qué diremos de los maliciosos y destructores gorriiones que desgranán las espigas que no comen, y comen muchas; de la escarbadora y cogujada, de la gritadora alondra que desentierra el garbanzo y otras semillas cuando creen que la humedad las ha enternecido lo bastante para comerla sin trabajo? No sabemos, pues dirán algunos, donde puede estar esa utilidad para la agricultura, de estas y otras aves que tanto daño le causan. Despacio, señores míos: no juzguemos de las cosas por las primeras impresiones: examinemos el prisma por todas sus faces, que detras de una sombra puede haber una brillante y refulgente luz, como en medio de un espino un hermoso lirio. Veamos si los daños que causan las aves á la agricultura están compensados con los beneficios que derraman sobre ella.

Prescindamos por un momento de la idea de que las obras del Soberano autor del universo ni pueden ser inútiles, ni contrarias á la existencia del hombre, á quien constituyó dueño y señor de todo lo criado sobre la tierra. Por consiguiente, todo cuanto ha criado es obra de su infinita sabiduría, eternos y ocultos designios á donde no es dado al hombre penetrar: humillémonos ante tan profundos arcanos y rindámosle el homenaje de nuestra propia ignorancia.

La falta de observacion en los siglos de barbarie ha mantenido en un estado lamentable de atraso las ciencias naturales. Contentos los hombres ilustrados con historias maravillosas, descripciones pomposas y ciegas tradiciones, legaron á la posteridad una porción de fábulas ridiculas y absurdas que con trabajo nuestros modernos observadores de la naturaleza podrán desarraigar del vulgo, y el vulgo por desgracia abraza mas clases de la sociedad que generalmente se cree. Pero el génio humanitario trabaja, y lentamente, como la gota de agua sobre la piedra, se abrirá paso la luz de sus brillantes trabajos. Vengamos á nuestras aves.

Hablando en general, una multitud de pájaros limpian el aire que respiramos de los innumerables insectos que como nubes espesas se interponen entre nuestros pulmones y la atmósfera que nos rodea. Infinitos insectos sirven de alimento á las aves, que si por este medio no nos libertáran de ellos invadirian nuestras moradas y atacarian hasta nuestra existencia. ¿Quién nos ayuda á esterminar esos nubes de langosta que nos aflige de tiempo en tiempo? Las aves. ¿Quién nos liberta de los reptiles venenosos, que ocultos entre la yerba, abrigados debajo de las plantas hieren mortalmente la mano incauta del pobre leñador? Las aves. La cigüeña blanca, muy comun en el Mediodia de la España, y todas las especies de su género hacen una guerra á muerte á las vivoras, lagartos, ratas, topes y musgaños: los buitres, grajos y cuervos devoran los animales muertos que infestarian la atmósfera en su estado de putrefaccion. Los aviones, golondrinas y vencejos no tienen mas alimento que esos millones de millones de mosquitos que pueblan el aire, y que introducidos en nuestras habitaciones nos quitan el sueño y con sus sutiles y punzantes trompas nos saetean hasta el punto de causarnos inflamaciones de consideracion. ¿Cuánta seria la multiplicacion de estos incómodos vecinos si esas numerosas falanges de aviones que aparecen en la primavera al tiempo mismo que se desarrolla la plaga, llevando sus picos y sus fauces abiertas, no engulleran millares de enemigos en cada tarde de verano?

Vengamos á la agricultura. Desde el canoro ruiseñor hasta el diminuto pica-higos que salta silencioso entre las zarzas, y todo el género «silvia» que contiene mas de sesenta especies, todos se alimentan de moscas, mosquitos, arañas y otros insectos que plagan los árboles y sus frutos, y los reducen á un estado enfermizo, interrumpiendo la circulacion de la savia por los troncos y las hojas. Un observador curioso, dotado de una admirable paciencia, ha contado las aves que un ruiseñor venia cargado con un insecto para sus polluelos, en el espacio de una hora. Cincuenta viajes por hora, dice, suponiendo de doce el dia, habrian destruido cuatro mil y doscientos insectos á la semana. Considérese que estos pájaros necesitan lo ménos dos semanas para sacar á volar sus hijuelos: Váyase multiplicando y añadiendo en el concepto de tres crias cada año: téngase cuenta que en la estacion de la cria del ruiseñor los insectos, por lo general, no han desovado, y que cada uno de los que el pájaro devora llevará en su seno mas de dos huevos, que se hubieran desarrollado á tiempo y producido doscientos individuos mas, los cuales de un solo golpe han sido destruidos. Calcúlese, pues, cuantos insectos dañosos á los frutos, á las hortalizas, á los cereales ha destruido un solo ruiseñor. Pues ¿y las numerosas especies de este mismo género, que todas viven y se alimentan de la misma manera? No es extraño que los estados provinciales de Limburgo hayan provocado una ley despues de 1830 para prohibir la caza del ruiseñor, aterridas sus bellas cualidades de músico y destructor de insectos dañosos. Pasemos á los gorriiones que son los que llevan sobre si la animadversion de los agricultores. El gorriion y todas las especies de su género son naturalmente granívoras. Pero ¿es esclusivo para ellos este alimento? ¿Vive el gorriion solo de grano? No ciertamente. Cuando parece que este pájaro columpiándose sobre una espiga devora los granos de ella, no busca mas que los insectos que se anidan entre las capas que envuelven al mismo grano, y que son las larvas del gorgojo que lleva consigo para desarrollarse despues en el granero. Verdad es que la espiga queda desgranada de resultas de la operacion; pero no fué esa la intencion del animal. Considerese tambien que el gorriion y todas las especies de su género en su primera edad dejan de ser granívoras, porque su alimento natural son las orugas, los cigarrones, las mariposas y otros insectos, de cuyo pasto son tan voraces que puede asegurarse que cada par de gorriiones llevará á sus hijuelos mas de cuatro mil gusanos por semana. Sabido es que estos pájaros son tan propagadores que no bajan de cuatro crias las que efectúan en los meses de verano. Qué multitud de langostas y otros insectos dañosos á la agricultura no devorarán esas numerosísimas bandas que pueblan las ciudades y los campos! ¿Quién dudará, á poco que reflexione, que los destrozos de una nube de langosta ó de una plaga de gusanos roedores del tierno tallo del árbol, de la planta naciente, de la flor que apenas despliega su corola se ve invadida de la mortifera larva, que son de muchísima mas consideracion que el grano que comen y desperdician los pájaros, que al fin por otra parte nos sirven de gustoso alimento?

Véase como la sabiduría y justicia del Criador lo ha compensado todo para darnos un testimonio auténtico de su Providencia.

MAXIMAS DEL BUEN VIEJO RICARDO.

El tiempo que se pierde no se encuentra jamás.

Con muchas palabras no se llena una media fanega.

No duermas demasiado; bastante dormiremos en la otra vida.

La pereza todo lo halla difícil; el trabajo todo lo encuentra fácil.

El que se levanta tarde está corriendo todo el día, y es milagro que llegue á la noche con su tarea concluida.

La pereza camina tan despacio que la pobreza al fin la alcanza.

Empuja tu tarea antes que ella te empuje á tí.

El que vive de esperanzas morirá de hambre.

El que tiene un oficio tiene una tierra de labor.

Dios lo da todo al trabajo; labra tú mientras que los holgazanes duermen, y tendrás trigo para vender y para guardar.

Un hoy vale mas que dos mañanas. ¿Tienes algo que hacer mañana? Hazlo hoy.

A fuerza de paciencia y actividad un raton roe una marmora.

Pequeños golpes echan abajo gruesas encinas.

Si tú no eres dueño de un minuto, ¿cómo tienes valor de perder una hora?

Desde que tengo un carnero y una vaca todo el mundo me saluda.

Yo no he visto jamás un árbol y una familia que anda cambiando continuamente de lugar, prospere tanto como los que están fijos en el suyo.

Tres mudanzas equivalen á un incendio.

El que quiera hacerse rico con el arado, que lo conduzca por sí mismo.

Un ojo del amo hace mas negocio que sus dos manos. La falta de cuidado nos hace mas daño que la falta de saber.

No vijilar los trabajadores es lo mismo que dejarles nuestra bolsa abierta.

Muchos hombres se arruinan por fiar sus asuntos al cuidado de otros.

La sabiduría para el estudioso, la riqueza para el afanoso, el poder para el atrevido y el cielo para el virtuoso.

Si quieres tener un criado fiel, sirvete á tí mismo.

Por falta de un clavo se perdió una herradura; por falta de una herradura se perdió un caballo, por falta de un caballo mataron al amo: todo provino de no haber tenido cuidado con el clavo.

Si quieres ser rico trata de economizar al paso que de ganar.

Las mujeres, el vino y el juego achican la bolsa y agrandan la miseria.

Con el gasto de un vicio se criarían dos hijos.

Muchos pocos hacen un mucho.

¡Cuidado con los pequeños gastos!

Un hilo de agua podrá echar á pique un gran navio.

Los tontos hacen los convites, y los discretos se los comen.

Compra lo que no necesitas y dentro de poco venderás lo que necesitas.

El hombre prudente se instruye por los males de otro, el necio apenas por los suyos propios.

Las blondas y el raso, el paño de sedán y el terciopelo apagan el fuego de la cocina.

Un labrador en pié, es mas grande que un gentilhomme de rodillas.

Los niños y los locos se figuran que veinte duros y veinte años no han de tener fin.

Cuando el pozo está seco conocemos lo que el agua vale.

Antes de consultar tus caprichos consulta tu bolsillo.

Mas fácil es reprimir el primer deseo que satisfacer los siguientes.

Tanta locura es en el pobre remedar al rico, como en la rana hincharse por igualarse al buey.

Los grandes navios pueden aventurarse en alta mar, los pequeños barcos no pueden navegar mas que en la orilla.

El orgullo almuerza con la abundancia, come con la pobreza y cena con la infamia.

Es averiguado que ninguna cosa hay mas poderosa para mover al pueblo que el culto de la religion, quier verdadero, quier fingido; por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios, y la reverencia que tienen á su divinidad.

MARIANA.

No sobresale tanto el entendimiento en la razon que forma, como en la que reconoce.

SOLIS.

MADAMA DE POMPADOUR.

Antes de ahora hemos tratado ya de caracterizar el talento y estilo de Boucher, y no insistiremos hoy en esta apreciación que quisimos hacer tan completa como nos fué posible. La mujer célebre cuyo retrato damos con estas líneas nos suministrará abundante materia para este artículo. Asi pues no saldremos de la historia del arte, porque madama de Pompadour está ligada bajo muchos conceptos con ella.

Maria Antonieta Poisson nació en París el 29 de diciembre de 1721, de una familia rica que figuraba mucho en aquella sociedad financiera que tanto se puso á la moda en los últimos años de Luis XIV, y en la cual solia encontrarse á veces un epicureismo tan opulento como gracioso. La Pompadour añadió á estos dotes el de la elegancia: desde su juventud fué el modelo de todos los talentos y de todas las gracias.

Cuando llegó á ser la favorita de Luis XV, á la edad de veinticuatro años, amó al rey porque le pareció el hombre mas hermoso y amable de Francia; le amó con sinceridad y tiernamente, sino con una pasión profunda. Su ideal habria sido al entrar en la corte el encantarle y seducirle con los prestigios de las artes y del talento, el hacerle feliz é inspirarle la constancia en un círculo mágico de placeres variados. Un paisaje de Watteau, juegos, comedias, pastorales en la sombra, embarques continuos para Citeria, tal habria sido su programa predilecto.

Nada diremos de la parte política de madama de Pompadour, porque esta puede verse en la historia del reinado de Luis XV. Hablaremos solamente de lo concerniente al arte, principiando por decir que ella era ya una artista de mucho mérito.

En el gabinete de estampas de la Biblioteca Nacional de París existe una colección intitulada, *Obras de madama de Pompadour*, compuesta de mas de sesenta estampas ó grabados al agua fuerte. La mayor parte representan asuntos alegóricos para celebrar algunos acontecimientos memorables de la época, pero hay algunos que despiertan mejor la idea que naturalmente se tiene concebida de este artista tales como: *el Amor cultivando un mirto*, y *el Amor cultivando laureles*. En general, los amores se encuentran allí

bajo todas las formas, y hasta el mismo *genio militar* se halla representado en *amor* meditando ante un trofeo de banderas y cañones. No contenta con reproducir de este modo en cobre al agua fuerte los grabados en piedras finas

de Gai, madama de Pompadour, hizo tambien algunos en agatas, y cornalinas. Ademas sus aguas fuertes fueron retocadas con el buril.

Madama de Pompadour murió en Versalles el 13 de abril



Vivant BEAUCE del.

BOUCHER. P.

CARBONNEAU. SC.

BOUCHER. — Madama de Pompadour.

de 1764 á la edad de cuarenta y dos años. Las artes sintieron con dolor su pérdida, y consagraron su memoria. Diderot en su *Salon* de 1765 nos ha conservado la descripción de un cuadro alegórico en que Carlos Vanloo representaba

desoladas á las artes suplicando al Destino para obtener la curación de la marquesa. Concluiremos diciendo que fué digna de este homenaje.

J. J. ARNOUX.